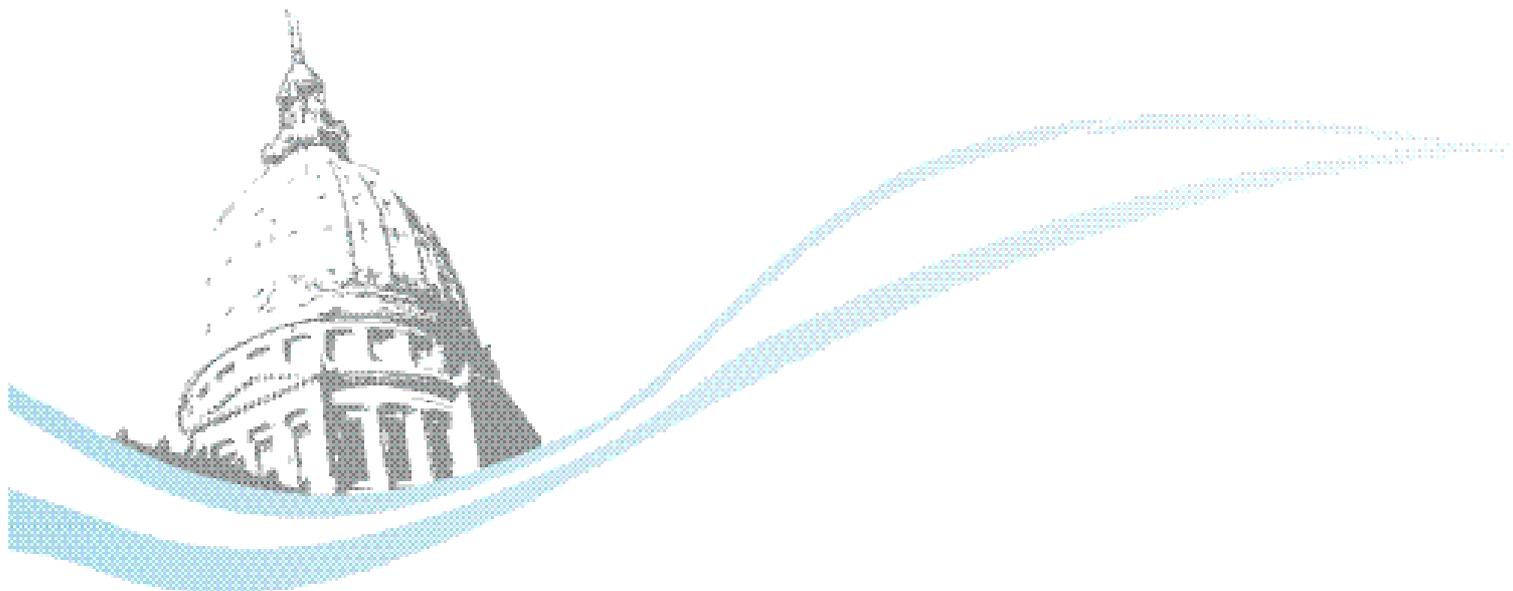


Foro de Encuentro Argentino

Minuta de la VIII Reunión

"El poder de la Argentina en el Siglo XXI"

*La VIII Reunión tuvo lugar el 15 de Diciembre de 2010,
a partir de las 20:30 hs. en el Salón Ing. Simón Aisiks
del Centro Argentino de Ingenieros,
Av. Cerrito 1250, Capital Federal, Argentina.*





Alberto E. Dojas: Buenas noches!. El Foro cumple su primer año de vida este mes: por esta razón hemos extendido nuestra mesa habitual para que todos pudieran tener la ocasión de asistir. Asimismo, tenemos tres invitados especiales, que esperamos se sumen al Foro en el futuro. Les damos a ellos y a los nuevos miembros que participan por primera vez nuestra más cálida bienvenida.

Miembro del Foro: En la sección “Estrategias” de la página web del Foro ha sido incluido un libro titulado “*Historia del submarino nuclear brasileño*”, de una autora brasileña con la que se ha dado la casualidad de que nos hemos puesto en contacto. Es una investigadora joven que ha dedicado su vida académica a este tema. Un grupo de miembros consideramos que sería interesante que pudiera llegar a compartir con nosotros una sesión, en este u otro ámbito, como disparador de un diálogo sobre las estrategias de ambos países para el Siglo XXI.

Alberto E. Dojas: Varios Miembros han hecho diversas gestiones para interesar a algunas instituciones en invitarla y poder dialogar también sobre la historia de ese proyecto estratégico para el Brasil. Esperamos que fructifiquen y que podamos contar con Fernanda en una próxima reunión.

Siguiendo el proceso de institucionalización del Foro, Luis Mendiola actuará como moderador de esta reunión.

Luis Mendiola: Buenas noches a todos. El tema de esta noche es “*El poder de la Argentina en el siglo XXI*”. Al respecto se formularon cuatro preguntas a los miembros:

¿En qué consiste actualmente el poder de las naciones?

¿Cómo se construye ese poder?

¿Cómo está la Argentina en cada uno de las facetas, tableros, aspectos o manifestaciones de ese poder, como el “soft power”, la economía, el comercio, las finanzas, la ciencia y la tecnología o la capacidad militar?.

¿Qué es lo que debemos hacer en el siglo XXI para dotarnos del poder que necesitamos para jugar el rol que esperamos para una Argentina democráticamente madura y avanzada con un alto nivel de vida para nuestra sociedad?

Recordamos también que rigen las Reglas del Foro y, en particular, la número 9 que transcribe la de *Chatham House*, que dice: “*Los miembros tienen el derecho de utilizar la información que reci -*



ben, pero no se puede revelar ni la identidad ni la afiliación de ningún participante".

Nuestro primer expositor y disparador del diálogo de esta noche es Juan Battaleme, Licenciado en Ciencias Políticas por la UBA, Master en Relaciones Internacionales por FLACSO, Master en Ciencias del Estado por la UCEMA, docente de la UADE, de la Escuela Superior de Guerra, de la UBA y de la UCEMA; becario Fullbright, graduado del *Center for Hemispheric Defense Studies* y de la *National Defense University*, y autor de numerosos artículos sobre política internacional, defensa nacional y seguridad internacional. Lo escuchamos.

Juan Battaleme: Buenas noches a todos!. Hace tiempo que en nuestro país se discute la cuestión de hacia dónde va la Argentina, su situación relativa y su eventual irrelevancia. Creo que se debe dar un salto cualitativo en ese debate y analizar en qué contamos nosotros para el mundo. Para ello, armé una muy pequeña guía sobre qué implica "poder" en el siglo XXI. Este es un momento particular para el análisis del poder, porque se está discutiendo en todo el mundo a distintos niveles y en diversas escalas, porque estamos en un mundo en transición que nos da oportunidades para interactuar en el sistema internacional. Al momento de definir el poder existe un consenso acerca de que es la habilidad de alcanzar los objetivos que uno quiere o desea. Los recursos varían dependiendo de los contextos y de las necesidades de los actores. En el presente siglo esto sigue siendo tan válido como lo era en etapas anteriores de la política mundial.

La suma de capacidades políticas, militares y económicas determina el peso relativo de los Estados en el sistema internacional. De hecho, la interrelación de esas capacidades permite lograr los objetivos que uno desea. Una mala combinación de capacidades puede ser contraproducente en la búsqueda de dichos objetivos. Todas las ramas del Estado y de la sociedad civil contribuyen a alcanzar dichas metas.

La construcción de poder es egoísta. El interés nacional debe ser definido a partir de las necesidades propias y no a partir de un supuesto interés común u otros proyectos de poder. Nuestra preocupación debe ser recortar asimetrías y no permitir que se amplíen a favor de otros sino a nuestro favor. Las potencias emergentes redefinen sus periferias a partir de sus propias geografías y cuando las brechas de poder se consolidan, los incentivos para cooperar bajan y los débiles suelen ser los más limitados. Es mejor construir una periferia propia que ser parte de la periferia de otros.

El poder blando o poder de atracción se basa en capacidades materiales definidas. Los atractivos culturales son el eslabón más débil para la atracción en política. EE.UU. sigue siendo el "arsenal de la democracia" y un gran centro de diseño y tecnología del mundo; Gran Bretaña es una potencia financiera; China es el taller del mundo; Canadá es la octava economía del mundo y un experto en diplomacia multilateral. Todos han transnacionalizado sus economías y son motores de la globalización. Estas son las capacidades que dan forma al escenario internacional. Con capaci-



dades materiales y habilidad para emplearlas se entra en el cálculo político de los otros actores¹. La construcción de poder hoy demanda tomar los desafíos de la transnacionalización en cada uno de sus aspectos, ya sean militares, científico tecnológicos o económicos, y dar cuenta de sus interrelaciones.

Anne Marie Slaughter señala que, en la actualidad, el poder de un Estado debe mirarse en su capacidad de manejar y administrar conexiones. En una era de interdependencia, el mayor desafío y demanda para los Estados es desarrollar conexiones funcionales a su interés. El acceso, en la actualidad, es eje del poder. La idea de los tres tableros de juego de la política internacional nos obliga a ver sus interrelaciones y sus puntos de conexión trabajando con ellos². Su idea del Estado desagregado nos permite entender que la demanda número uno para un Estado es la capacidad de articular de manera inteligente sus burocracias domésticas para responder a una agenda internacional más vinculada. La cooperación para trabajar con redes tanto horizontales como verticales³ se debe hacer explotando las ventajas existentes en la vinculación de cuestiones. Tener poder implica saber vincular positivamente y poder evitar las vinculaciones negativas.

Para un país que tiene mayores ventanas de vulnerabilidad, la prudencia es central. Sencillamente, no tenemos los recursos que permiten asumir posiciones arriesgadas en el campo internacional o una diplomacia de alto perfil en cuestiones que no nos son funcionales. En este punto, Carlos Escudé y su realismo periférico sigue más vigente que antes.

Nuestra construcción de poder necesita sumar actores, agendas y recursos, ya que son una salvaguardia central para cuando no podemos contar con nuestros socios. La autoayuda no reniega de la cooperación; sólo la ubica en el lugar que corresponde. Es preferible avanzar poco y de manera limitada, que poner la esperanza en una agenda amplia e irrealizable que consume esfuerzo, expectativas y recursos: dejemos que sea nuestro egoísmo la base de la agenda política latinoamericana y no el egoísmo de otros.

Las instituciones no son la panacea de los Estados que se sujetan al derecho. Son derivados del poder de los Estados y, por lo tanto, son funcionales a sus intereses. Los debates sobre la reforma del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la mayor o menor institucionalización del UNASUR o la composición del G20 están relacionados con quién y de qué forma le va a dar gobernabi-

¹De hecho, es su relevancia regional en términos materiales lo que hace que la Argentina se encuentre hoy en uno de los foros de gobernabilidad internacional como es el G-20. Es nuestro significado material lo que nos llevo ahí, no nuestra simpatía.

²Slaughter, Anne Marie: *"America's Edge: Power in the networked century"*, Foreign Affairs, January – February 2009.

³Por redes horizontales, la autora entiende la cooperación y los lazos existentes entre los altos oficiales de los gobiernos nacionales en sus respectivas áreas y quienes son, en definitiva, los responsables del ensamblaje político nacional. Por redes verticales entiende las relaciones existentes en las organizaciones encargadas de dar gobernabilidad en el sistema internacional o regional. Estos funcionarios "supranacionales" refuerzan y presionan en el entorno doméstico para hacer cumplir las reglas que los Estados se avinieron a cumplir. Slaughter, Anne Marie: *"A New World Order"*, Princeton University Press, 2004.



lidad al mundo: para generar esas reglas se va a tener que tener poder material y capacidad de concitar consensos.

La Argentina tiene su cuota de poder en el sistema internacional⁴: en el espacio regional tiene cierto poder de veto, en el escenario internacional comparte un rol a la hora de fijar gobernabilidad internacional; produce recursos que son considerados estratégicos y tiene una ubicación privilegiada en relación al continente antártico junto con el Atlántico Sur; tiene peso poblacional; no tiene, al menos por ahora, las tensiones criminales que se presentan en Brasil, Colombia, México o Perú; nuestras propias auto restricciones y contradicciones argumentativas han facilitado la acción de otros Estados de forma contraproducente en nuestras áreas de interés.

Mover el status quo en un tablero puede tener efectos en los otros. Saber medir los efectos y las consecuencias es parte de la función gubernamental. En el Siglo XXI siguen vigentes las consideraciones de Morgenthau de que la calidad de la sociedad y del gobierno siguen siendo factores decisivos. Especial consideración otorgó a la calidad de la diplomacia⁵: en los próximos años continuaremos necesitando de ella. La transición acelera cambios en los espacios de poder y la aparición de actores revisionistas de manera benigna es uno de los datos centrales de la actualidad.

Existe un consenso cuando se enfrentan problemas de transición o crisis. Los recientes trabajos de Zakaria, Nye, y Robert Kagan apuntan a estas crecientes vulnerabilidades⁶. Si el sistema educativo y el sistema político presentan fallas que no se corrigen, la resultante más probable es la pérdida de poder en el contexto internacional debido a la pérdida de competitividad y a la creciente incapacidad para adaptarse a los desafíos circundantes.

Los proyectos de poder ajenos no son –al menos en abstracto– ni buenos ni malos, sólo son ajenos; por lo tanto, no son una buena guía para pensar el propio. Sin embargo, los Estados emulan conductas exitosas; por lo tanto, fijarse qué hacen los que tienen éxito es una buena guía para la construcción de poder. Todas las potencias emergentes actuales emularon a sus antecesoras, construyeron base de poder material y fueron egoístas en la definición de sus opciones estratégicas.

El Siglo XXI es un ambiente dinámico y complejo, con múltiples tableros y actores que demandan dos habilidades centrales: adaptación y reciprocidad. Un pequeño ejemplo nos lo brinda nuestro principal socio, el Brasil. La idea de mantener siempre opciones abiertas se ve en relación a la

⁴ Algunos atributos de poder que señalar y que dicen algo acerca de nuestra posición estructural: somos el octavo país en extensión, trigésimo en población, trigésimo segundo en PBI, trigésimo octavo en el Índice de Desarrollo Humano, cuadragésimo quinto exportador de bienes al igual que servicios; vigésimo noveno en material de reservas, décimos en deuda externa (26 en el peso que eso tiene en nuestro PBI) vigésimoséptimos en la producción de energía. Estamos fuera de los 50 primeros países en competitividad.

⁵ Morgenthau, Hans: *"Política entre las Naciones: la lucha por el poder y la paz"*, Grupo Editor Latinoamericano, 1985.

⁶ Zakaria, Fareed: *"The future of American power"*, Foreign Affairs, Vol. 87, Nro. 3, May-June 2008; Kagan, Robert: *"The September 12 Paradigm"*, Foreign Affairs, Vol. 87, Nro. 5, September-October 2008; Nye, Joseph: *"The Future of American Power"*, Foreign Affairs, Vol. 89 Nro. 6, November – December 2010.



Argentina: cambió su posición respecto del reclamo argentino de Malvinas, pero al mismo tiempo acordó con la Marina Británica la cooperación en el Atlántico Sur. Lección para aprender: la adaptación significa hacer valer tu apoyo en el escenario internacional. La reciprocidad significa no dejar pasar movimientos contrarios a nuestros intereses en espacios de interacción comunes.

La construcción de poder demanda más Estado, que debe ser burocráticamente más inteligente, versátil, interdependiente entre sí, y con la capacidad de moverse entre los distintos tableros, estar centrado en las oportunidades y los límites que la presente transición nos impone como desafíos.

En síntesis, la construcción del poder sigue siendo egoísta: lo que nos están demostrando nuestros socios es que están mirando su lugar en la estructura del sistema internacional. En nuestro debate público persisten las ideas de asumir las posiciones de poder y la discusión de poder de los otros y, a partir de ahí, encontrar un rol en relación a otros actores más importantes. Yo no comparto esta visión, porque al aceptarlo permitimos que esos actores construyan "periferia": si no cortamos las asimetrías que se vienen nos van a incorporar a su periferia a nosotros. Es mejor construir una periferia que ser parte de una periferia. Es interesante, porque cuando uno dice eso, en la misma audiencia argentina empiezan a aparecer discusiones: uno es antibrasileño o antiamericano. Pero esta reflexión no es ni "anti" ni "pro" nada, sino que simplemente procura evitar que se amplíen las asimetrías de poder.

En el último número de *Foreign Affairs*, una publicación muy difundida en los foros académicos, se ha discutido el poder definido como la capacidad de hacer lo que uno quiere, adaptando la forma a las necesidades e intereses nacionales. La afirmación es de un realista duro, pesado, como Joseph Nye, que en nuestro país se ha difundido como creador de la noción del "poder blando" ("*soft power*"). El poder blando de los EE.UU. se basa en sus capacidades materiales: uno no tiene poder de atracción si no tiene algo que ofrecer y cambiar.

En el siglo XXI estamos obligados a pensar en términos de vinculación de cuestiones: qué agendas pueden provocarnos vinculaciones negativas y qué agendas tienen potencialidad positiva y la relación entre ambas: hacer pagar nuestros apoyos en determinadas situaciones internacionales y demandar, cada vez más, que nuestros socios regionales nos apoyen en las cuestiones que nos son centrales. Ahí está todo el desafío de la política exterior futura: en la vinculación de cuestiones a partir de jugar las cartas de poder en distintas áreas y en distintos temas.

Otro tema controvertido que tenemos que analizar es nuestro enamoramiento con las instituciones internacionales, que son, fueron y serán derivados del poder de los estados. Hay Estados que son *brokers* dentro de las instituciones internacionales, que son los que dan acceso a relaciones que se establecen entre las distintas agendas de la política internacional. Debemos considerar las instituciones internacionales por lo que tienen de funcional a nuestros intereses y nuestro poder, y no anteponer las instituciones al interés y poder nacionales.



El proyecto latinoamericano me parece excelente, pero es el proyecto de otros, no es nuestro: tenemos que analizar en profundidad cuál es nuestro proyecto dentro de América Latina, invirtiendo la carga de la prueba, para poder decirle a nuestros socios que tenemos nuestro proyecto y comprobar cuántos se suman a él. Esto también forma parte de la estructura de poder internacional.

Finalmente, quisiera hacer una referencia a la cuestión de la adaptación y la reciprocidad: múltiples agendas y múltiples vinculaciones de cuestiones obligan a los funcionarios y tomadores de decisiones a adaptarse y encontrar las brechas por las que se puede avanzar en esas posiciones de poder, respondiendo, cada vez que sea posible, con la regla de la reciprocidad. Por ejemplo, en América Latina o jugamos todos juntos y somos recíprocos en nuestras contraprestaciones, o regirá un "sálvese quien pueda" como están jugando algunos de nuestros socios regionales. Por lo tanto, no debemos descartar la carta de la reciprocidad, porque es central para nosotros en este mundo en transición. Muchas gracias!

Luis Mendiola: El siguiente orador será Gustavo Ainchil, actual Director de Seguridad Internacional, Asuntos Nucleares y Espaciales de la Cancillería. Esta Dirección tiene un gran prestigio, siempre lo tuvo, en la Cancillería. Es la única que tiene una galería de quienes han sido sus directores. Eso significa el orgullo de una pertenencia equiparable sólo a otra institución en la Cancillería que es la Consejería Legal, aunque no tiene esa galería de directores. Gustavo es abogado, Universidad Central de Barcelona. Prestó funciones en nuestras Representaciones para el Desarme en Ginebra, en la República Oriental del Uruguay y ante las Naciones Unidas. A pesar de su juventud es un brillante y exitoso funcionario de "La Casa"⁷.

Gustavo Ainchil: Muchísimas gracias. Trabajando en una oficina como la mía, que está muy vinculada a cuestiones relacionadas con el poder duro, me propuse traer una reflexión del poder que se acercara más al sentido del poder para la sociedad, cómo repercute el poder o no de un país en su gente, en su sociedad. Concretamente, para la sociedad argentina, para la Argentina como país democrático con vocación de paz y buena relación con sus vecinos, ¿qué es tener poder?. Hay quienes están en la connotación negativa de que tener poder es ser un país conflictivo, lo contrario a ser un país pacífico, constructivo, un país que quiere dialogar. Si partimos de la base de que el Estado es la expresión de una comunidad organizada, vemos que tiene una serie de funciones en relación a esa comunidad que protege, como asegurar el bienestar de la población, mantener el orden público o proveer a su defensa.

En función de esas misiones que tiene el Estado, se detectan intereses. El Estado trata de cum-

⁷ Nombre que usan los diplomáticos para referirse a la Cancillería.



plir con esas funciones a través de determinadas herramientas, y para lograrlo necesita capacidades. Entonces, acercándome un poco a lo que decía Battaleme, yo no diría que el poder es la capacidad de hacer lo que uno quiere, sino la capacidad que tiene un Estado de tomar y ejecutar decisiones de acuerdo a sus necesidades e intereses de manera autónoma, que es lo que garantiza la pureza de los objetivos del accionar de ese Estado. Un Estado que no tiene capacidad de realizar decisiones autónomas se ve forzado a tomar decisiones que no tienen en cuenta, por ejemplo, ni la seguridad interna, ni el bienestar de su población, ni su salud, porque no puede actuar contra el orden que lo rodea. Para un país democrático sin una vocación expansionista como la Argentina, el piso es lograr las decisiones de manera autónoma. Para países con otra vocación, quizás, el techo es tratar de influir en las posiciones de otros. Y el razonamiento es el mismo: cuando el Estado X financia sus empresas para que vayan al exterior para ganar más dinero, apunta a incrementar la riqueza del país que, posiblemente, se repartirá entre sus ciudadanos. Entre ese esquema y las hordas y los reyes invadiendo el país de al lado para sembrar, la lógica es la misma, lo que cambia son las circunstancias históricas, los valores, y una cierta estética, en el mejor de los casos (*risas*).

Las áreas en las que el Estado construye poder son llamadas habitualmente “estratégicas”. Lo que ha pasado recientemente en Portugal, Irlanda, España y Grecia muestra que la mejor estructura de poder tradicionalmente concebido como influencia exterior, colapsa si se pierde de vista la conexión entre el poder y el bienestar de la población. Hace poco alguien comparaba el plan de Aznar de vinculación con la OTAN con el esquema de Zapatero sobre el rol de España como bisagra entre África, América Latina y Europa. Ambos esquemas colapsaron por lo mismo: el poder como teoría, desgajado de que lo que se gana con el poder se distribuye en la sociedad. Por ello, al esquema tradicional yo le agregaría: el bienestar de la población, la cohesión social, la inclusividad social son componentes estratégicos a los cuales tenemos que subordinar también la visión de lo que nos rodea.

Las medidas que se adoptan en política exterior tienen que ser tomadas en función del interés particular. La cuestión no es si una posición o acción que se adopta es “prooccidental” o “prolatinoamericana”: ambas posiciones no pueden verse como religiosas. Es el análisis razonable de las opciones en función del interés de la Argentina y los argentinos lo que nos debe llevar a construir poder. Gracias!.

Luis Mendiola: Nuestro próximo orador es Khatchik Der Ghoughassian, Ph.D. en Estudios Internacionales de la *University of Miami* en Coral Gables; Maestría en Relaciones Internacionales en FLACSO/Argentina. Es profesor de Relaciones Internacionales, integrante del módulo Jean Monnet de Estudios Europeos de la Universidad de San Andrés (UdeSA) y del programa conjunto de Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales de la Universidad de San Andrés-FLACSO/Argentina-Universidad de Barcelona (Buenos Aires, Argentina); profesor concursado de



la Universidad Nacional de Lanús (UNLa); profesor visitante de la *American University of Armenia* (AUA) en Ereván (Armenia). Ha enseñado en la Universidades de Miami, del Salvador, de Buenos Aires y Centro de la Provincia de Buenos Aires en Tandil. Ha sido investigador invitado en el *Institute for Security Studies* en Sudáfrica en 1997 donde participó del proyecto *Towards Collaborative Peace* sobre la proliferación de las armas livianas. En 1998 trabajó en la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina. En 1999 dirigió el programa Seguridad y Armas Livianas en el Instituto de Política Criminal y Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Es becario de la *Ford Foundation* para el Programa de Entrenamiento de Civiles en Políticas de Defensa.

Es especialista en temas de seguridad, y ha publicado capítulos de libros, artículos y ensayos sobre el Cáucaso, el Medio Oriente, América Latina, el fundamentalismo islámico y la proliferación de armas y control de armamentos en el mundo. Khatchik se maneja perfectamente bien en español, inglés, francés, armenio y árabe, lo que le da una visión distinta a la del promedio general de los observadores que tenemos en nuestro país.

Khatchik Der Ghougassian: Coincido con Juan Battaleme en que cuando hablamos del poder hablamos de la capacidad de generar autonomía en los asuntos internacionales, y yo voy a conceptualizar el poder de una nación como su capacidad de determinar el lugar de ese país en el sistema internacional. Es una visión realista, neorrealista, neotradicional; por lo tanto, me voy a referir a dos figuras clásicas de Raymond Aron: cuando hablamos de poder, hablamos del diplomático y del soldado. Decidir cuál es el lugar de un país en el sistema internacional es interactuar entre la política exterior y la política de defensa. Muy brevemente, hasta 1982 la figura del soldado dominaba en el caso de Latinoamérica; hacia 1982 esa figura del soldado fue desplazada del sistema. Creo que es el tiempo de volver a equilibrar la figura del diplomático con la del soldado.

La Argentina tiene un potencial muy importante y también ambiciona tener la sana voluntad política de ser considerada una potencia emergente. Hay una misión en la región para la Argentina en la línea que se trazó desde el '80 para adelante: una necesidad estructural, que es asegurar la paz, la integración y la cohesión de la región, pero también la capacidad de proyectarse en el mundo y marcar una presencia, simplemente porque si no hacemos esto, la realidad del poder va a terminar obligándonos a tomar decisiones que quizás puedan interferir o hasta dañar los logros de los últimos veinte, veinticinco años.

Por lo tanto, creo que hay una necesidad de volver a pensar en ello, porque después de la crisis 2001-2002, con críticas, con aciertos, con errores, hay cierta recuperación del Estado: es tiempo de pensar en el poder duro y en la capacidad de la figura del soldado, no para hacer políticas de proyección de poder sino para dar credibilidad a todas las propuestas que la figura del diplomático diseña para las interacciones internacionales. Gracias.



Luis Mendiola: Nuestro próximo interviniente es Francisco de Santibañes, coordinador del área de defensa en la Fundación Pensar. Anteriormente, realizó tareas de investigación en diversos *think tanks* de los EEUU, incluyendo el *Manhattan* y el *American Enterprise Institute*. También ha publicado artículos en revistas con referato sobre temas de seguridad internacional y relaciones cívico-militares. De Santibañes obtuvo una Maestría en Relaciones Internacionales de SAIS - *Johns Hopkins University*, y es candidato a doctorado en el Departamento de Estudios de la Guerra, *Kings College*, Londres.

Francisco de Santibañes: La pregunta que quiero intentar responder es ¿qué tiene que hacer la Argentina en los próximos años en términos de política exterior?, y la respuesta me parece que es muy pronto para saberla, porque creo que nos encontramos en una etapa de transición en el sistema internacional, que hace que la decisión final que tome la Argentina en términos de alianzas estratégicas va a depender, en gran medida, de las decisiones que tomen otros poderes a nivel internacional y regional.

Una posibilidad, desde el punto de vista realista, es que nos estemos convirtiendo en un sistema bipolar, donde tengamos dos grandes potencias que discuten su presencia en distintas regiones del mundo de manera indirecta, dado que el armamento nuclear impediría un enfrentamiento directo. Otra posibilidad es un mundo multipolar o un mundo dividido en regiones.

Hay dos posturas que considero incorrectas para nuestro país. La primera es que la Argentina tiene que replicar con el Brasil la relación que Canadá tiene con los EE.UU.. Tenemos que considerar que el tamaño de la economía de los EE.UU. es doce veces mayor a la de Canadá, que Canadá exporta el 75% de sus productos y servicios a los EE.UU. y que, en términos estratégicos, Canadá no otra tiene opción que alinearse detrás de los EE.UU., o al menos a no oponerse, porque en términos estratégicos EE.UU. nunca permitiría que un país vecino con el que comparte fronteras lo enfrente. La Argentina es una tercera parte de la economía brasileña, le exporta sólo el 19% de sus productos y servicios al Brasil, y tiene un abanico amplio de oportunidades en términos de alianzas estratégicas.

Otro mito negativo es que nos estamos moviendo a un sistema regional en el cual Sudamérica va a actuar como una unidad en términos de política exterior. En la medida en que para los ecuatorianos, brasileños, argentinos o peruanos su principal referente sea la nación y no el continente, no habrá forma de que realmente Sudamérica actúe como una unidad. El ejemplo más claro es la Unión Europea, la unidad más desarrollada en términos de integración, que en la última Guerra del Golfo mostró como cada país actuó siguiendo sus intereses nacionales, no sometándose a una unidad superior. Claramente, Francia y Alemania balancearon la intromisión de los EE.UU. en Medio



Oriente, porque lo vieron como una amenaza al mundo multipolar, pero en la guerra, los países que siguieron el poder de los dos países centrales de Europa se opusieron a este accionar: este fue el caso de Polonia, Inglaterra, España e Italia. Básicamente, todos actuaron en forma realista, siguiendo el interés nacional. Creo que esta es la prueba de fuego que demuestra que es muy difícil que ocurra este tipo de integración, al menos en esta etapa de nuestra civilización.

Por otro lado, tampoco creo que sea en el interés de la Argentina reducir su política internacional a Sudamérica. No solamente porque la unidad regional y los lazos que nos unen son con toda Latinoamérica, no solamente con Sudamérica, sino porque la Argentina necesita tener opciones en términos de alianzas. Al Brasil no le conviene la presencia de México en las discusiones regionales, porque es una economía de un peso similar a la brasilera que puede disputarle la supremacía regional; creo que es el interés argentino integrar tanto a las naciones de Centroamérica como a México a las discusiones de nuestro continente.

Finalmente, quiero mencionar el que, creo, es el principal obstáculo para la política exterior argentina. Ese obstáculo es la falta de confianza que tenemos en nuestro propio país. Pasamos de creernos el centro del mundo durante muchas generaciones a pensar en la actualidad que somos muy poco. La primera afirmación es tan falsa, tan irrealista y tan dañina como la segunda. En la literatura de las relaciones internacionales está presente el tema de la motivación de las poblaciones como elemento del poder, de la política exterior de una nación. Esto se ve, por ejemplo, reflejado en el trabajo de Hans Morgenthau, pero creo que el ejemplo más claro y práctico es la experiencia de De Gaulle en Francia, que tanto en los '40 como en los '60 encontró una nación desmoralizada, y logró recuperar la potencia de Francia en política exterior y retomar el desarrollo económico. En gran medida, esta es una clave del poder moderno, muchas veces obviada, que es la moral y la autoestima de la nación. Creo que en este momento en la Argentina nos sentimos muy poco, y no hay razón para sentirse muy poco.

Argentina produce bienes que van a ser demandados, seguramente, en las próximas décadas: los términos de intercambio nos favorecen, existen las condiciones para lograr el desarrollo económico, formamos parte del G-20 que, junto con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, es el principal organismo que define los temas globales, y probablemente tengamos la cultura de mayor sofisticación en el hemisferio sur. Todo esto no es poco. En definitiva, la Argentina es un país importante, y puede serlo todavía más. No tenemos que olvidarnos que es uno de los motivos por el que nuestros antepasados vinieron a la Argentina: millones de inmigrantes, con su fe inquebrantable en el presente y en el futuro de la Argentina, construyeron nuestro país. Es hora de que retomemos esa fe en el presente de la Argentina y sobre todo en lo que podemos llegar a hacer. Muchas gracias.

Luis Mendiola: El siguiente orador será el General Julio Alberto Hang, que actualmente es el Director del Instituto de Seguridad Internacional y Asuntos Estratégicos del CARI.



Julio Alberto Hang: Cuando comenzamos a estudiar el tema del poder, a mí me vino el recuerdo de un libro de Cline⁸ que reducía el poder de la nación en una fórmula matemática, donde se sumaban el territorio, la población, el poder económico, se ponía entre paréntesis la capacidad científica-tecnológica elevada al cuadrado, y esto permitía obtener una ubicación de los países en una tabla, que hacía que, por ejemplo, Rusia fuera mucho más importante que los EE.UU. El poder así calculado numéricamente y reducido a una fórmula, nos llevaba a la conclusión del poder relativo de un país en el mundo.

Luego hemos tenido la fuerte corriente del “*power shift*”, el cambio de poder que nos hizo ver Toffler, que había empezado con la economía y las armas y terminado por el conocimiento. Hoy dicen que el poder es el dominio de las comunicaciones y el espacio.

¿Qué es el poder?. Es lo que cada uno entiende como capacidad propia para llegar a conquistar objetivos. Pero la pregunta que surge entonces es si los objetivos son anteriores al desarrollo del poder o son consecuencia del poder que reconocen. Porque si los objetivos aparecen en función del poder que quiero tener, y esto lo miro históricamente, hoy somos un tercio de la economía del Brasil (escuché también que se evalúa que somos un quinto), pero hace veinte años o un poco menos éramos uno a uno, y hace cincuenta años éramos más grandes. ¿Qué es lo que hizo menguar esta capacidad económica? ¿Realmente lo restringe el poder?.

Tenemos que ponernos objetivos más allá de lo que hoy como poder tenemos cuantitativamente y llevar más la mirada a lo potencial, a lo que sí podemos desarrollar para alcanzar capacidades que nos permitan ser más poderosos en términos de los objetivos que nos proponemos.

Yo creo que si hiciéramos una encuesta sobre cuáles son los elementos del poder que están potencialmente presentes en el país y capaces de alcanzar una calidad mayor para darnos más poder como nación, coincidiríamos todos en uno, que no es solamente económico (creo que hemos dejado de lado el desarrollo educativo, científico, tecnológico), sino que comparto con Santibañes que es el factor psicosocial: el espíritu, el “terruño”, la solidaridad entre los habitantes, la unión en pos de un objetivo en conjunto, el postergar las ambiciones individuales: todo ese tipo de cosas se han ido de la capacidad nacional y se están dejando de lado.

Tengo que agregar que hay un fuerte menosprecio de la fuerza. Es cierto que se habla de “*smart power*”, “*soft power*” y “*hard power*”, y yo creo que son todos modos de la utilización de la capacidad de la nación, pero que nada de ello define lo que es realmente el poder; tengo poder si soy capaz de usarlo, ya sea “*smart*” o “*hard*” según necesite, y de acuerdo con los objetivos que desee. Lo triste es cuando yo cerceno las capacidades de lo que puedo disponer, y me dejo limitar mi acción a

⁸ Cline, Ray S.: “World Power Trends and U.S. Foreign Policy for the 1980’s”, Westview Press, Boulder, CO, 1980.



ser un país que solamente puede llegar a conseguir cosas a través de alianzas.

Tenemos que mirar hacia adentro, pensar en nosotros mismos y, después, elegir aquellos socios, no definitivamente sino circunstancialmente y en favor de nuestros objetivos. Por mucho tiempo se pensó en el "ABC"; hoy nos inducen a pensar que "AB" es mejor que "AC", y yo no estoy tan seguro. Respecto de Latinoamérica y Sudamérica, mucho menos. Creo que así como el "power shift" obligó a cambiar el poder de las armas por el conocimiento, tenemos otros cambios, donde la unidad de la acción diplomática, la presencia en los foros, el desarrollo de una capacidad de relación con todo el resto de los países tiene una capacidad que no hemos sabido entender.

Hace dos semanas estuve en un seminario en Washington donde se habló del Brasil. Lo escuché hablar al ex Secretario de Defensa William Cohen, republicano, Senador. Este hombre dijo que Brasil ya no es una potencia emergente, sino una potencia que tiene todo lo que el mundo futuro demanda: biocombustibles, superficie, producción de alimentos, petróleo en el mar, una gran producción en el mercado interno y, además, la voluntad de desarrollar fuerzas armadas con capacidades nucleares. Pero esto no es todo: ha superado al Reino Unido en la cantidad de embajadas en África, y Lula, en sus dos términos de gobierno ha realizado 67 viajes a países diferentes del mundo. Si unimos la acción diplomática con el desarrollo de su potencial, tenemos razón para considerar al Brasil candidato al Consejo de Seguridad si la India ingresa.

Esto para mí es una muestra para pensar qué es lo que hemos hecho nosotros en el exterior, qué posiciones teníamos y cuáles tenemos, qué capacidades en lo científico y tecnológico, en la educación (con los malos resultados en los rankings internacionales) y si realmente estamos cuidando lo que va a trascender nuestra generación. Sinceramente, creo que nuestro poder es algo que aún está por definirse y que la Argentina tiene que hacerlo mirando sus propios intereses. Gracias.

Luis Mendiola: Nuestro próximo orador es Marcelo Stubrin: fue Diputado Nacional por la Ciudad de Buenos Aires en 1983, y luego reelecto en 1985. Fue Secretario General del Comité Nacional de la UCR desde 1985 a 1989, ocupando con posterioridad la Presidencia del Comité de la Capital Federal. En 1994 fue Prosecretario Parlamentario de la Convención Nacional Constituyente, y nuevamente electo Diputado Nacional en 1995, mandato que desempeñó hasta el 2003. Su principal labor parlamentaria, desde entonces, residió en la Comisión de Relaciones Exteriores, cuya Vicepresidencia y Presidencia desempeñó en dos períodos parlamentarios.

Marcelo Stubrin: La Argentina es el país de la región en el cual la "cuestión nacional" ha estado más pendiente, ha sido más agonal, más conflictiva y ha estado en déficit por más tiempo. Como ejemplo de ello puede constatarse que todos los países hicieron apertura de sus economías y privatizaron, pero ninguno de ellos destruyó su capacidad nacional. El problema del interés nacional no es sólo un problema de los argentinos de hoy.



Los dilemas alrededor de la obtención del poder sólo se pueden resolver si tenemos en cuenta una política de principios. ¿Somos capaces de definir cuáles son los principios rectores de nuestra política exterior; de ese plexo que constituye la política exterior, de defensa, de seguridad, de seguridad internacional; de esa problemática que se bautiza equívocamente con el nombre de "estrategia"?

Necesitamos una política de principios que tenga en cuenta las necesidades de defender la autonomía nacional (la capacidad de tomar decisiones de acuerdo al interés); capaz de fomentar la paz y la amistad entre los pueblos, que es esencial; de fortalecer el derecho internacional; de respetar el principio de no intervención y la idea de que la democracia debe ser fomentada, porque si hay países vecinos donde la democracia no es respetada, debe haber acciones de política internacional destinadas a garantizar el plexo de las libertades y valorar, con todo respeto al principio de no intervención, si merecen ser objeto de políticas activas. El multilateralismo en las amplias áreas de influencia debería ser reexaminado no sólo como una esperanza, sino como una necesidad estratégica para un país como el nuestro. En América Latina están nuestros principios y objetivos. ¿Se acuerdan cuando algo era para Brasil "sudamericano", para nosotros "latinoamericano", para los estadounidenses "panamericano"? No hay país del mundo que se haya desarrollado como un "carapáida" sin tener influencia regional y entre los países vecinos. Ninguno en el mundo. Por el contrario, todos tienden a exaltar sus regiones.

Luego de los principios deben considerarse los objetivos de la Nación. Para tener objetivos, una nación tiene que tener Políticas de Estado, tiene que tener gobiernos que discutan con los actores sociales, con la oposición, con los sindicatos y los empresarios, con toda la Argentina, una manera de proponer objetivos específicos importantes, significativos. Estos objetivos nacionales y estas Políticas de Estado tienen que darle a la Argentina lo que ha perdido en estos años: previsibilidad, confiabilidad, seriedad en las relaciones políticas públicas, sobre todo en las que tienen que ver con la política exterior, la defensa y la seguridad. Una política exterior va a dar, probablemente, sus resultados en el gobierno que sigue: la inteligencia es hacerla a pesar de su baja rentabilidad a corto plazo. Influir en el mundo es más complejo, es más sofisticado, es más refinado y requiere mayor calidad de liderazgo político que las meras decisiones internas.

Una palabra muy importante es "integración". Es necesaria una voluntad para fomentar la amistad y la cordialidad, y evitar la contrariedad con los países vecinos para poder realizar los fines y los objetivos de la Nación. Lo contrario es fomentar la desintegración y desangrarnos en el conflicto. Al actuar de este modo, sacrificamos el liderazgo? No, el liderazgo no se sacrifica. Tanto es así que el enorme poder del Brasil y la profesionalidad de Itamaraty, no es un sucedáneo para que Brasil pueda ser un líder regional. Lamentablemente, ha habido una ausencia de la Argentina en la conducción de políticas públicas, de la política exterior a lo largo de algunos años en esta región.



La Argentina está en perfectas condiciones de ocupar esos espacios y de llegar a esos niveles.

Respecto de la cuestión de la paz y la seguridad internacional, me parece que se mide en términos un poco cortos: el deber de participar en las acciones destinadas a garantizar la paz y la seguridad internacional. La tradición de la diplomacia argentina de esforzarse por las causas justas (como Drago, Irigoyen, Saavedra Lamas y lo mejor de la tradición argentina desde San Martín, involucrado en la Independencia), no la tiene la diplomacia brasileña, desafortunadamente para nosotros. Esta tradición de la Argentina involucrada en la paz y la seguridad internacionales tiene que ser reforzada contra la idea de mantener una política de conveniencia de los más avispados o pícaros: esa política de viveza criolla no nos conduce a ninguna parte. A nosotros nos va a conducir al éxito la responsabilidad y la seriedad.

En el debate de la defensa, es muy importante que el gobierno comprenda que su presupuesto debe consensuarse porque es un programa plurianual de una década. Las cuestiones fundamentales y centrales, y esta es una de ellas, tienen que resolverse de acuerdo a los principios y objetivos, con herramientas que impliquen una década de acuerdo nacional.

América Latina es el teatro, el escenario, de nuestra existencia como nación, de nuestros vínculos, de nuestro comercio, de nuestro capital. Lamentablemente, las relaciones han sido, en esta época, de menor calidad que en otras. Hay un problema muy serio en la devaluación del nivel de calidad de las estrategias, del fomento de la confianza, de la solución de conflictos, porque hay una preeminencia de controversias muy marcada y muy importante que, afortunadamente, está disimulada por ciertas cuotas de realidad. No podemos pensar que podremos vivir al margen de lo que ocurre en la región, sino exactamente al revés. Muchas gracias.

Luis Mendiola: Nuestro próximo orador es ya conocido por todos nosotros, por lo que no necesita presentación: Pablo Bereciartúa.

Pablo Bereciartúa: Comparto muchas de las ideas que se presentaron aquí, pero quisiera llevar la reflexión a dos niveles: un nivel de abstracción general, al cual ahora voy a apuntar, y otro de la práctica concreta de todos los días.

La abstracción general es que yo creo que la discusión del poder requiere de un contexto, y tal vez, en algún sentido, la Argentina es un poco el contexto del "antipoder", porque, en cierta medida, el poder es aquello que se opone, o que puede ser contrario a la decadencia. La decadencia es cierta falta de voluntad por cambiar la realidad, es la falta de voluntad por modificar el contexto. Estamos actualmente debatiendo si el enorme costo social que venimos pagando en el último tiempo es un costo que está asociado a un cambio y a una salida de una decadencia, o no lo es. En un mayor nivel de abstracción, esa decadencia puede estar asociada con la idea de identidad. Creo que se puede vincular la posibilidad de pensar en generar poder o, en otras palabras, pensar en modi-



ficar la realidad, con la idea que uno tiene de sí mismo en términos de identidad, y la identidad no es otra cosa que la confianza que uno tiene en lo que uno piensa que es.

Tal vez una parte de la Argentina -por ejemplo, las generaciones más jóvenes-, está transitando un proceso de aprendizaje social con el cual se cree una identidad y esa identidad genere un liderazgo que permita pensar en el poder.

La consecuencia en términos muy prácticos o de todos los días, se podría reducir a la condición de "pensar en chico": la Argentina es un país que se ha acostumbrado, a los golpes tal vez, a pensar en chico. De ser un país que ha pensado en grande, hoy es un país que piensa en chico. En la Argentina no hay grandes planes casi en ningún ámbito: no me refiero a expresiones grandilocuentes, sino a proyectos o realizaciones concretas en curso que tengan impactos positivos posibles en el mediano y largo plazo. De haber liderado desarrollos y proyectos en distintas disciplinas del conocimiento, esta condición actual nos ha colocado en una posición de relativo atraso respecto de los países más activos de nuestra región en temáticas tales como el desarrollo de la infraestructura para la producción y para el bienestar social; la generación de resultados en términos de innovación tecnológica o la educación y creación de valor agregado. En síntesis: somos una sociedad menos competitiva y socialmente justa.

En términos prácticos puede valer un ejemplo que es del día de hoy. Soy actualmente decano de la Escuela de Ingeniería del ITBA, y en esa función tuve una reunión con el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en la ciudad de La Plata, en relación con la iniciativa de fabricar un avión de desarrollo argentino. Luego de más de 40 años se patentó en el país y en el extranjero un avión liviano de diseño argentino, en el que trabajaron un equipo de alumnos, investigadores y docentes del ITBA. Cabe mencionar que nuestro país fue el primero de América Latina en desarrollar un avión de propulsión jet en la década del 50. Es decir, que hemos pasado en el lapso de unos 45 a 50 años de dominar un ámbito tecnológico, que también se puede entender como mostrar una cierta vocación de poder a, en este momento, intentar reunir a máximos referentes de este contexto para ver si se puede hacer el esfuerzo de fabricar un avión liviano, para el cual hay un nicho de mercado en el país y potencialmente en el exterior. Si bien las repercusiones son hoy positivas; existen potenciales inversores privados; hay una jurisdicción de la provincia que quiere atraer la inversión y hay buena voluntad de parte del gobierno, debo decir, más allá del entusiasmo que me caracteriza, que no parece una empresa fácil. Se lo ve como un gran desafío, es una inversión de digamos dos millones y medio de dólares en cuatro años, y sin embargo es, en nuestro contexto, un gran desafío (*risas*). A modo de comparación, es útil mencionar que en el mismo lapso de tiempo (cuatro o cinco décadas) nuestro vecino Brasil desarrolló una cadena de valor en la industria aeronáutica, que actualmente lo coloca entre los principales jugadores mundiales de la tecnología. Es un ejemplo más de recorridos inversos entre ambos países, que se puede asociar a la discusión de la



vocación de poder y a la idea de la identidad.

La Argentina tiene un enorme nivel de diagnóstico y una enorme oportunidad. La Argentina es un sistema que hoy, aún mal administrado, genera superávit alentado por una demanda genuina exógena –principalmente de alimentos-, y posiblemente lo va a seguir generando en los próximos cinco a diez años. Es una enorme oportunidad que debe vincularse con crear una capacidad autónoma, como se dijo aquí, de tomar decisiones o de influir en hacia adónde debe orientarse el crecimiento de las capacidades del país: en otras palabras, hacia dónde se puede inducir la asignación de ese superávit. Creo que en una viable identidad argentina para el futuro habrá varias palabras clave, y una de ellas es la innovación. La Argentina tiene características, por su pasado, por su nivel educativo en la población y porque, además, tiene una población relativamente pequeña en cantidad, como para posicionarse como uno de los países de mayores niveles de innovación.

Ahora, la pregunta es: ¿Innovación orientada a dónde?. Posiblemente hacia los emergentes mercados de América Latina, porque la otra novedad positiva es que hay otros países en Latinoamérica que están generando más superávit que la Argentina, incluso estando también mal administrados. Esas tasas de crecimiento en la región se están transformando hoy, y más aún en los próximos años, en potencial demanda de productos y servicios de mayor valor agregado que, muy posiblemente, una sociedad como la argentina puede generar y ofrecer. Muchas instituciones, entre otras la Cancillería, pueden participar de la generación de una agenda proactiva, que esté asociada a políticas que necesariamente tienen que ser de mediano a largo plazo, para promover canales hacia esa potencial demanda. Para ello, sin embargo, será necesario que se consolide una nueva identidad argentina, que ofrezca otra vez una base para que crezca una genuina vocación de poder. Gracias.

Luis Mendiola: Emilio de Pedro es *Master of Business Administration* de la Ross School of Business y Abogado por la Universidad de Belgrano. Su experiencia laboral, yendo desde el momento actual hacia atrás es: Industrias Metalúrgicas Pescarmona: *Business Developer* y Gerente de Comercio Exterior del Grupo. En IMPSA Port Systems, *Chief Operating Officer* para las Américas. En Rhodia Argentina, Gerente de Administración y Finanzas, y en el Banco Bozano, Simonsen, *Financial Analysis Manager*. En la Universidad de Palermo es Profesor de Estrategia Empresaria y Plan de Negocios y de Política Económica Internacional. En la Universidad de Belgrano, es Profesor Auxiliar Graduado.

Emilio de Pedro: Se ha dicho que el poder es la capacidad que tenemos de autonomía, y es cierto. Un gobierno independiente es el que tiene la capacidad de moverse con autonomía para el mejor servicio de los intereses nacionales, y que el resto de la comunidad internacional lo acepte y hasta le parezca válido. Hay Estados que tienen un enorme margen de autonomía, y esa autonomía forma



parte del poder.

Ahora bien, ¿cómo se construye este poder? Este poder se construye, ante todo, con la coherencia sostenida en el tiempo entre la política interna y la política externa, esta última destinada a perseguir principios rectores fijados por lo que se ha llamado el “espíritu del pueblo” o el “espíritu de la Nación”. El Brasil, durante más de cien años, tuvo esa condición; los EE.UU. también lo tienen. No necesariamente ese espíritu es algo bueno o algo malo: será bueno si es capaz de atender las necesidades internacionales y sirve a los intereses nacionales.

El poder se construye mediante Políticas de Estado. En primer lugar, es necesario administrar bien el Estado en materias claves como la economía, la energía, o las políticas sociales. Cuando una nación es lo suficientemente buena en materia económica, puede pensar en objetivos más ambiciosos. Ese poder se proyecta de tres maneras: de forma económica, con la necesaria competitividad internacional; en forma diplomática, con una Cancillería seria y políticas acertadas de largo plazo, y con una capacidad de disuasión adecuada. ¿Dónde está la Argentina en este momento?. Lo que percibimos es un retroceso frente a la situación que teníamos anteriormente en estos tres campos esenciales de la construcción del poder. En la medida en que nos pongamos de acuerdo para reconstruir las políticas públicas que tuvimos en el pasado, también reconstruiremos las bases del poder para el Siglo XXI.

Luis Mendiola: Jerónimo Morales Rins es Licenciado en Ciencia Política, con orientación en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Buenos Aires; Magister en Defensa Nacional. Ha realizado el curso de Política de Defensa y Estrategia en la *National Defense University* del *Center for Hemispheric Defense Studies*; el de Management de la Educación en la Universidad T. Di Tella; y el de Control y Gestión de Políticas Públicas en FLACSO. Ha trabajado en el Senado de la Nación, la Fundación Andina, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y el Ministerio de Economía.

Jerónimo Morales Rins: Siempre que hablamos del poder, surge la distinción entre el “poder sobre otros” y el “poder para hacer”. Es importante tomar el partido del poder para mejorarnos a nosotros y a nuestros ciudadanos y que ese sea el punto de partida, que no siempre hemos tenido en cuenta.

Quiénes somos nosotros tiene que ver con la identidad y, sobre todo, con quiénes queremos ser. Cuando nos planteamos un proyecto de país, tratamos de fijar siempre ciertas variables pero dejamos atrás la definición de quiénes queremos ser y con quién queremos ir hacia dónde.

Quisiera referirme a los actores internos que se necesitan para ser un actor consolidado en la política internacional. Hablamos habitualmente que la salida es exportadora y del potencial que



tiene la Argentina como un atributo de poder: recursos naturales, agronegocios, recursos humanos. Pero debiéramos tener en cuenta los actores internos en estos sectores, que condicionan el proyecto de país que tenemos y que queremos tener. Si vemos la lista de los principales exportadores de la Argentina, de los veinte principales que se dedican al 60% de las exportaciones, 18 no son nacionales; de las 500 empresas más importantes de la Argentina, el 67% no son nacionales; en todos los sectores que nosotros consideramos como dinámicos o estratégicos (recursos naturales, minería, pesca, petróleo), no hay prácticamente empresas nacionales relevantes. En los agronegocios como las semillas o los fertilizantes, casi no hay actores nacionales. En un sector dinámico como el automotriz, ninguna empresa es argentina. La propiedad de las empresas limita y condiciona el proceso que debemos potenciar, en particular los aspectos internos que se necesitan para legitimar un proceso de desarrollo inclusivo, innovador y exportador como el que pensamos. Cuando reflexionamos sobre qué "transnacionales relevantes" (entre las primeras cien de Latinoamérica) tenemos de propiedad argentina, surge que el único actor global que tenemos es el Estado. No es poco, pero tampoco es mucho frente a la complejidad del mundo.

Siempre hablamos del proyecto argentino de generar valor agregado a través de nuestros recursos naturales y nuestros calificados recursos humanos, pero no hacemos suficiente hincapié en el desarrollo de las universidades. El informe PISA, que se conoció hace unas semanas, nos muestra que la Argentina no sólo no ha evolucionado en los últimos diez años, sino que ha retrocedido, y que la distancia con otros países latinoamericanos se ha ampliado: por ejemplo: el 50% de los chicos de 15 años, según los estándares internacionales, no comprende lo que lee. Se trata de un serio limitante para el proceso que queremos disparar.

Cuando hacemos política de desarrollo económico lo que hacemos, de una manera u otra, es transferir rentas de un sector del país a otro. Es necesario para ello tener un sistema impositivo que pueda captar las rentas adicionales que se generan. Sin embargo, más del 80% de los recursos del Estado provienen de impuestos directos al consumo: no tenemos un sistema impositivo que permita captar las rentas de actores que en su mayoría no son nacionales.

Debemos, pues, reflexionar cómo revertir este proceso. El primer paso es tener, entre los actores locales (empresarios, sindicatos, academia), una visión compartida de cómo encarar el proceso de desarrollo que tenga en cuenta estas limitaciones. Se requiere también un Estado mucho más sofisticado, mucho más complejo, para poder enhebrar la heterogeneidad de los actores que existen y se desarrollan y ayudar a tomar escala a las pequeñas y medianas empresas. Además, debemos superar la gran limitación que tiene nuestro Estado para salir de Buenos Aires.

Luis Mendiola: El último orador de este primer grupo es Adolfo Koutoudjian, que es Licenciado en Geografía egresado de la UBA. Actualmente se desempeña como Gerente de Operativos del C.E.A.M.S.E.. Es Profesor de Geopolítica en la Escuela de Defensa Nacional y en la Escuela de



Guerra Naval. Es Profesor Titular del Departamento de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se desempeñó como Secretario del Consejo de Administración Argentino de la Entidad Binacional Yacypretá, fue Administrador General de Obras Sanitarias de la Provincia de Buenos Aires, Subdirector de la Escuela de Defensa Nacional, Consultor en la Hidrovía Paraguay–Paraná y en otros proyectos de infraestructura, y autor de cuatro libros y coautor de otros cinco sobre temas de su especialidad.

Adolfo Koutoudjian: El Poder es, para mí, la autonomía de decisión, tanto a nivel nacional como internacional. Cuando colocamos el poder en una serie histórica, la conclusión más importante es que en los diez factores de poder fundamentales, la Argentina fue exitosa en varios sentidos y también insignificante en otros durante mucho tiempo. A principios del siglo XX, la Argentina era un país que atraía muchísima población, y merced a esa política, fue uno de los países que más creció en el mundo. La Argentina fue de los países que, después de la Primera Guerra Mundial, desarrolló un proyecto que fue uno de los más exitosos del mundo. Después de la Segunda Guerra, la Argentina volvió a ser uno de los países líderes, no solamente a nivel latinoamericano sino a nivel mundial. Cuando nos comparamos con el Brasil, es importante recordar que hace sesenta años estábamos en un nivel superior. Es lo que hace afirmar a Paul Kennedy de que deben compararse varias décadas para entender cuáles son los principales factores de poder.

El poder es, en primer lugar, el manejo de los recursos naturales y del sector financiero, dos sectores básicos. “Manejo” no significa “propiedad” sino “control”. El segundo aspecto, es el dominio del territorio, entendido como dominio económico, político y social. En tercer lugar, el poder es el nivel educativo. Fuimos el país de la excelencia; de alguna manera, la mayor parte de nosotros somos hijos de este sistema educativo que tuvimos, y sobre todo en el nivel estatal. En cuarto lugar, el poder es tener la “cultura creativa” con la idea de Destino Nacional. Nuestro destino nacional aparece ya en San Martín, cuando en una de sus máximas dice “serás lo que debas ser”. La Argentina tiene destino, no solamente de grandeza, sino de ser aquel país que tiene que acompañar, mejorar e instar a una mejora en América del Sur, en América Latina.

Ya se ha hablado aquí en el Foro, en quinto lugar, de la ciencia y tecnología propias, pero sobre todo apuntando a las industrias de punta, como bien se está haciendo en los últimos tiempos, sobre todo en la aeroespacial y en la energía nuclear. Se mencionó que la Argentina estaba en el G20, pero hay que mencionar también que somos uno de los pocos países que está en el núcleo de las decisiones en energía atómica: no es poco en el marco mundial.

En sexto lugar, el poder está basado en las instituciones democráticas que son producto de un consenso interno en torno de la noción de justicia, tanto general como social, regional e institucional. Otro elemento decisivo del poder es la capacidad estratégica de manejo e influencia del espacio regional. Por ejemplo, cuando se impidió un golpe de Estado en Paraguay en el año 1989.



Deberíamos volver a tener esa capacidad de poder político. Asimismo, tener poder requiere tener la capacidad suficiente de autodefensa del territorio. En este plano, la Argentina no tiene la adecuada capacidad de detección e interceptación militar. Por supuesto también, es necesario un fuerte poder comercial, tanto en las importaciones como en las exportaciones.

Considero que estos diez factores son decisivos en la mesa de discusión estratégica. Battaleme se preguntaba: ¿qué hay que hacer? Yo creo que convocar, desde la política y desde lo académico, a lo mejor del Pensamiento Nacional Estratégico de los últimos treinta años, sin tomar en cuenta la ideología política ni las banderías partidarias, para definir la Agenda Estratégica Nacional. Debemos definir una filosofía de la Historia que convoque a discutir los valores que fundaron la nacionalidad argentina, y los valores que fundan la nacionalidad del Estado en este momento histórico.

Es necesario plantearle a la juventud un destino nacional de grandeza, sin el cual va a ser difícil retomar el éxito. La gente más joven quiere creer en un destino mejor, sin caer en aquello de “la Argentina Potencia”. La Argentina tiene fuerte capacidad de proyección de su cultura y de su capacidad política; esta recuperación que hemos tenido en estos últimos años, me parece que es un abono que habría que aprovechar para cambiar el destino de las fuerzas sociales y políticas.

Juan Battaleme: Rescato lo que se ha dicho sobre los actores internos, que son fundamentales en todo proyecto de poder, pero más importante, a mí parecer, es la cuestión del Estado. El Estado determina quién gana y quién pierde entre esos actores internos, de ahí la necesidad de que todas las cuestiones estén vinculadas. Cuando uno muestra muy claro quién gana y quién pierde, los actores traccionan: el Estado, en el siglo XXI, es más importante que lo que podíamos discutir en los noventa.

Con respecto al tema de los principios, nadie puede estar en contra de ninguno de los principios que se propusieron. Muy pocas veces en política internacional se está del lado correcto de la historia, por así decirlo. En la Segunda Guerra Mundial, los EE.UU. estaban del lado correcto de la historia, pero había una carta de principios en la que se jugaron políticas de poder muy concretas. Hoy, los principios se juegan también como una carta de poder. Por ejemplo: un eje central de la política norteamericana es la libertad de expresión. Cuando aparece *WikiLeaks* todo empieza a temblar, porque es utilizada por otros actores para dañar a los EE.UU..

La Argentina está en una posición en la que tiene que sumar, y sumar no es “anti” o “pro”. No es o China o Brasil. Sin embargo, la Argentina, por primera vez, en esta redefinición de transición, se encuentra en una situación en la que el mundo nos lleve a ser, en vez de “ABC”, tal vez “AC-B” o, más posiblemente, “ACP-B”: Argentina, Chile, Perú - Brasil. Tendríamos que pensar en esa opción, por la relación asimétrica que se está formando en el contexto regional. Ello no implica que se constituya una alianza en contra de nadie, sino sumar el poder de otros para favorecer un equi-



librio.

Coincido con Francisco en que no somos irrelevantes: seguimos en parte en esa discusión de que “no existimos”, y en realidad sí existimos, y porque existimos estamos en el G20. La perspectiva desde la que debemos analizar el G20, como institución de gobernabilidad internacional, es que tiene que representar algo que nos interese a nosotros como miembros de la comunidad internacional. La Argentina no se diferencia mucho del mundo, porque en todas partes se están discutiendo los temas que hoy surgieron: sistema educativo y sistema político, como puede apreciarse en “*El mundo postamericano*”, de Fareed Zakaria.

Rescato también lo expresado por Khatchik y Koutoudjian con relación a la defensa: en todo el mundo la diplomacia y la defensa van de la mano. Se escucha a menudo que en la Argentina no hay coordinación entre la defensa y la diplomacia. Ambas son parte de un mismo elemento de poder. Si tuviéramos un sistema de defensa mucho más activo del que tenemos ahora, del que se está recomponiendo ahora, probablemente la discusión con Gran Bretaña sería otra; en el Atlántico Sur no tendrían tanta libertad de movimiento y nuestros diplomáticos tendrían una carta más para discutir con los británicos, que hoy lamentablemente no tienen.

Miembro del Foro: El tema de la integración no está en discusión; la pregunta es si tenemos una visión “naive” o realista de la integración. ¿Debemos ir a cualquier mecanismo de integración, aún el que estratégicamente defina otro país?. Una visión realista requiere pensar que la Argentina tiene, al menos, que co-liderar cualquier mecanismo de integración. No puede esperarse que la Argentina renuncie a su cuota parte de co-liderazgo en la región. Considero una cuestión central que la Argentina no renuncie a su cuota de poder internacional en aras de cualquier tipo de integración.

Para poder pensar en un co-liderazgo, hay que sentarse a la mesa sabiendo hacia dónde se quiere ir. Lo peor que le puede pasar a un socio es sentarse con una Argentina que no sabe adónde quiere ir. Nuestro país no puede tener sólo comportamientos reactivos y defensivos, que apunten más a obturar lo que el otro quiere hacer o hacia donde el otro quiere ir, que a plantearse claramente qué es lo que la Argentina quiere hacer y hacia dónde quiere ir. Es diferente la negociación cuando uno se sienta solamente para impedir que cuando uno dice “estos son mis objetivos y hacia ese lugar quiero ir”. No se puede tampoco co-liderar si no se tiene una estrategia para dotarse de los recursos para poder ejercer ese tipo de acción.

Cuando la Argentina es llamada, por ejemplo, a ser participe en encuentros internacionales relevantes como la Cumbre Mundial de Seguridad Contra la Proliferación Nuclear convocada por el Presidente Obama en 2010, la Argentina no es llamada por haber renunciado o haberse autolimitado o no hacer, sino, por el contrario, por disponer de los recursos de poder (en este caso, una industria nuclear exportadora) es convocada a esa Cumbre. La Argentina no puede creer que va a ser con-



vocada o va a participar de determinadas instancias importantes del mundo, si no tiene los recursos de poder para justificar y legitimar su participación. Ello se aplica a todas las áreas en las que está en juego el poder mundial.

No hay posibilidad de pensar en construir poder sin incluir la institucionalidad y los mecanismos para llegar a acuerdos de largo plazo que conformen Políticas de Estado. La institucionalidad no sólo no es un tema para ser subestimado, sino que es relevante para cualquier democracia del mundo.

Los defensores de las políticas de los noventa deben reconocer que el Estado no murió, sino que sigue existiendo y que cada vez aparece con más fuerza como central y clave en el sistema internacional. Ninguna unidad constitutiva del sistema internacional pudo reemplazar al Estado: la muerte del Estado-Nación es una noticia que no aparecerá en los diarios por muchos años más. En cambio, el Estado actual cada vez se expresa más internacionalmente, tanto en sus Ministerios como en sus múltiples Agencias. Un Estado moderno que se internacionaliza a través de sus agencias y sus ministerios requiere un altísimo nivel de coordinación interestatal.

Lo que no puede darse el lujo un Estado en este proceso de internacionalización es actuar de manera feudal: eso es lo más peligroso que puede tener la estrategia internacional de un país como la Argentina. Nosotros somos testigos, como parte de las políticas públicas de Cancillería, que muchas veces los Ministerios desarrollan acciones internacionales que la Cancillería no conoce y, por lo tanto, no puede coordinar de manera coherente. Es imprescindible la coordinación, porque potencia a través de la construcción de una unidad de negociación. Precisamente, los países tratan de fragmentarnos la negociación, para obtener más concesiones parciales sin contraprestación en otros campos. De esta manera debemos potenciar nuestros intereses y proyectos dándoles las respectivas prioridades.

Miembro del Foro: Para acrecentar el poder de nuestro país en el contexto internacional hay que saber también aceptar las reglas de juego que impone el mundo de hoy. Lamentablemente, la Argentina no siempre entiende cómo funciona el mundo actual. Por un lado, es loable, es absolutamente lógico que el país quiera participar más activamente en el contexto internacional, pero ese contexto tiene sus reglas, y la Argentina tiene una cierta tendencia a desobedecer esas reglas, a incumplirlas. Hace unos años la Argentina declaró una cesación unilateral de su deuda externa, una decisión sin precedentes, y después no quiso ni siquiera negociar amistosamente con los acreedores. Sumado a eso, tuvimos el incumplimiento de los fallos del CIADI, del que somos miembros: si somos signatarios, tenemos que respetar las reglas de ese organismo. La Argentina es miembro del G20, cuyos países han acordado aceptar una auditoría regular de su estado fiscal: hemos sido renuentes a aceptarla. Del mismo modo, pretendemos ser grandes exportadores de aceite de soja a China, pero simultáneamente nos arrogamos el derecho de cortar las importaciones procedentes de



ese país.

Mi conclusión es que si queremos tener poder, tenemos la obligación de entender y respetar cómo funciona el mundo contemporáneo.

Miembro del Foro: Me parece que estamos muy débiles en la construcción de lo propio, es decir, la relación del argentino con la Argentina, y del argentino con el argentino. Creo que antes que respetar las políticas de afuera, que los grandes respetan también bastante poco, tenemos que respetarnos un poco más entre nosotros y hacia nosotros. A la Argentina le falta articularse: tiene poder, pero está desarticulado. Hay una descalificación respecto a lo que el otro pueda pensar, sobre todo del que ve una Argentina distinta a la nuestra.

En una iniciativa en la que estuve hace un tiempo trabajando, con sectores de lo más diversos, lo que descubrí fue que todos los sectores tienen escuelas de liderazgo, pero cada uno elabora una estrategia propia: el sindicalismo dentro del sindicalismo, la empresa dentro de la empresa, la defensa dentro de la defensa. Todos analizando los valores desde el lugar que les toca. Lograr una articulación entre todas esas estrategias sectoriales es el desafío más importante. Nos han convencido de que no se puede, y se puede. Se puede decir "yo soy argentina y defiendo a los argentinos". Habíamos perdido la capacidad de hacerlo. Todos los debates que se dieron en este último tiempo en la Argentina, y que fueron fuertes, creo que nos dejaron algo: más gente participando, más gente creyendo en la Argentina y más gente con ganas de salir adelante. Creo que el paso que sigue es juntar ese poder que está naciendo y articularlo.

Miembro del Foro: La Argentina tiene algunos recursos de poder, y en algunas áreas específicas fue convocada en instancias internacionales importantes no por su debilidad o por la inexistencia de recursos de poder, sino porque algunos recursos de poder tiene. La Argentina existe porque tiene recursos de poder, sino la Argentina sería ignorada en todos los foros internacionales. El problema es responder a las preguntas: ¿qué hacemos nosotros con esos recursos de poder que tenemos? ¿Sabemos dónde queremos ir? ¿Cómo nos sentamos a la mesa, hacia dónde vamos, coordina el Estado nacional para potenciar esos recursos y tratar de negociar mejor en aquellas áreas donde no somos fuertes?.

El poder es una construcción. Coincido en que en la década de los noventa la Argentina renunció a hacer política exterior basada en la construcción del poder; al contrario, destruyó gran parte de la base de la construcción científico-tecnológica nacional que los mejores recursos humanos de este país habían logrado desarrollar.

Miembro del Foro: Para dar un ejemplo de lo que se está diciendo: en el Grupo de Proveedores Nucleares, las invitaciones son por la capacidad nuclear de los países. Son 45 países, ergo, hay 150



afuera. La Argentina está entre el 25% que está adentro. En el Régimen de Control de Tecnología Misilística (MTCR) son 35 miembros: 170 se quedaron afuera. Así, podríamos ir nombrando ocho o diez lugares donde se manejan tecnologías de punta de una tremenda sofisticación, a los que no tuvimos que pedir permiso para entrar: preferían que estuviéramos adentro, incluso, quizás, porque el que tiene tecnología y no juega por las reglas es un peligro. En muchos de estos lugares, como tenemos capacidad (y una moderada autonomía derivada de nuestra propia demencia que nos da cierta osadía) (*risas*) somos participantes. Hay una gran capacidad en los sectores que ni siquiera Atila en los noventa logró destruir. Si a esa capacidad le pusiéramos planificación y un poco de *hard power* jugaríamos de otra manera en los tableros mundiales.

Miembro del Foro: Comparto plenamente lo que se ha dicho sobre los sectores en los que la Argentina tiene un poder importante. El problema está en gran parte de nuestra clase dirigente, que tiene una actitud vergonzante al hablar estos temas y un temor a pensar juntos el futuro. Es difícil encontrar en la clase política argentina la capacidad de discutir políticas de defensa en profundidad porque sigue estando el preconceito de que la defensa, aún hoy, está ligada exclusivamente a lo militar, que se tiene que discutir en las escuelas de estrategia militar o en la Escuela de Defensa Nacional, pero no en el ámbito político. Es un problema severo que tenemos, porque si no podemos discutir dentro de la clase política dirigente argentina los problemas de la defensa y, correlativamente, los problemas de la política exterior argentina, mal podemos trazar una estrategia a una década de distancia. No tenemos la posibilidad de pensar una estrategia a una década de distancia cuando la propia clase dirigente piensa que estos problemas tienen que estar centrados en nichos o en sectores que lo elaboran o lo discuten, como nosotros ahora, que tal vez pueda ser considerado un grupo trasnochado, excéntrico a sus análisis. Creo que tenemos por delante un trabajo muy complejo de concientización de los dirigentes argentinos de que este es un problema central del Estado, un tema que tenemos que considerar como política de Estado que trascienda los gobiernos. Es necesario poder llegar a un acuerdo de que la defensa nacional y la política exterior argentina no son sectores para un reducido grupo de intelectuales, sino la base central de la política de desarrollo argentino en el mediano y largo plazo.

Miembro del Foro: Simplemente sumarme a estas ideas, diciendo que sí que se puede, por supuesto!. Considero que hay que dejar atrás la actitud derrotista que tuvo la Argentina en los últimos veinte años y la actitud cíclica fundacional. Hay muchos países que lo han hecho. Estamos muy acostumbrados a creer que lo hacemos todo mal y que nuestro vecino Brasil hace todo bien. Me voy a permitir ser políticamente incorrecto: Brasil es el país de los lanzadores satelitales, de las centrales nucleares, de las grandes empresas... pero también Brasil es el país de los millones de pobres, del dengue, en el que ochenta millones de personas comieron carne por primera vez con Lula. Lo sugere-



tivo, y es una lección para nosotros, que en ese país donde existen grandes carencias sociales, en la segunda vuelta del 2006 Geraldo Alckmin, oponente de Lula, habló de privatizar el Banco del Brasil. Mucha gente que en su vida nunca había pisado el Banco de Brasil ni sabía bien que era, sí sabía que era de ellos. Lula ganó las elecciones, en gran medida, por defender los intereses del Brasil y porque esa idea estaba arraigada en las masas, incluso las más pobres. Coincido también en que nos falta articular los diversos elementos del poder que ya tenemos: si rompemos una taza y colocamos todos los pedazos en una bolsa, no tenemos ya una taza. La clave, pues, es desarrollar una vocación y una cultura nacionales junto con la articulación a largo plazo de nuestras capacidades.

Miembro del Foro: Quisiera hacer una pequeña reflexión con respecto al aniversario del Foro. En este gran país, caracterizado por desencuentros, luchas internas y tantas experiencias intolerantes que todos conocemos, es muy importante que se haya logrado armar un foro de encuentro en un país de desencuentros, lo que no es poco viendo la cantidad de gente importante -ciento veinte- provenientes de distintos sectores. Cada sector tiene enfoques diferentes de su actividad y de lo que es y debe ser la Argentina y, sin embargo, nos hemos reunido y estamos más allá del disenso y más allá de las diferencias. Como dijo un miembro esta noche: *"todo se puede"*. Hay un dicho que dice que siempre hay que apuntar a la Luna, porque aún si uno se equivoca, por lo menos va a parar a las estrellas (*risas*).

Miembro del Foro: Una frase de Martin Luther King: "el miedo llamó a la puerta, la fe fue a abrir. No había nadie".

Miembro del Foro: Alberto: quería agradecerte muy especialmente, en nombre de todos, por esta iniciativa y por tu esfuerzo para que fructificara: en esta mesa están los resultados que ha traído tu fuerza, tu respeto a la pluralidad de ideas, saber escuchar al prójimo, las buenas formas, los buenos modos que han primado siempre en nuestras reuniones. Todos deseamos poder continuar creciendo de esta manera!. Brindo por ello y por un promisorio 2011!.

(Brindis por la Patria y el Foro).

